

ROBERTO CAREAGA C.

Estaba a punto de retirarse. Llevaba décadas labrando una trayectoria como crítica literaria y de artes visuales cada vez más influyente. Adriana Valdés había esquivado asumir papeles en primer plano, pero hace tres años aceptó un rol histórico: se convirtió en la primera mujer-directora de la Academia Chilena de la Lengua, que por una coincidencia de rotación en las academias, la llevó a presidir al mismo tiempo el Instituto de Chile. Nunca antes había pasado. Tenía 75 años. Su gestión consiguió que la organización fuera más popular y abierta de lo que jamás

había sido, pero ella siempre tomándose el protagonismo con cautela: "Siempre he sido una intrusa", dice, bromeando, pero no le da. Son las 10 de la mañana y Valdés está alejada a su tejido: avanza sin más destino que el acto mismo de leer. No hay chalecos ni bufandas a la vista. "Esto es mejor que las pillores para los nervios", dice, aludiendo al ánimo general del país,

pero también a un horizonte que está a la vuelta de la esquina: el 31 de diciembre deja su puesto en la Academia Chilena de la Lengua y también en el Instituto de Chile. Su legado está en haber renovado el diálogo y, por cierto, en cristidar el rol clave de las mujeres en el debate público. Sobre esto último, hay dos publicaciones nuevas: un libro de entrevistas de Fernando Lolas a las mujeres del Instituto y los Anales 2021, que gira en torno a la paridad de género de la Convención Constitucional.

Si Valdés deja la Academia y el Instituto es porque la normativa establece que a su edad debe partir, pero no le viene mal esta camada. Quizás se trata también del ADN de su trayectoria intelectual: una afuerina, eso es lo que ella cree haber sido como crítica e investigadora. Lo dice en el prólogo de *Intrusiones*, libro que publica Ediciones LIDP. Editado por María Soledad Sairaf, lleva el subtítulo de "Escritos sobre literatura 1971-2018" y documenta la decisiva trayectoria de Valdés en las indagaciones sobre el campo cultural local de los últimos 50 años. Son 800 páginas que funcionan como una muestra rusa, con varios libros en su interior. De José Donoso a Julia Kristeva, pasando por Cecilia Casanueva, Jorge Edwards, Enrique Lihn, Sor Juana Inés de la Cruz y Alejandro Zambra, entre muchos otros, Valdés aborda a esos autores para discutir y ampliar el canon de la literatura chilena.

"Si es que es algo, todo esto que he escrito es mi credencial", dice Valdés, refiriéndose a un destino académico que la situó más bien al margen, en un paisaje con salas de clases provisionales, en que las fronteras entre el arte y la literatura eran difusas. Después del golpe de Estado de 1973, cuando Valdés dejó de dictar clases en la Universidad Católica y se convirtió en funcionaria de Naciones Unidas, fue parte del tejido intelectual a contrapelo en los años 70 y 80, participando en núcleos de vanguardia como el Departamento de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile, la Revista Crítica Cultural o la Academia Imaginaria. "Me gustan mucho las agrupaciones de gente que está un poco al margen y si hubiera seguido en la universidad, nunca me habría metido con ellas. Agarré una irreverencia que hace bien", dice.

En estos días también reaparece otro libro de Valdés: editorial Tácticas recitaba *Un Lin. Vistas parciales*, que recoge sus textos sobre el poeta que también fue su pareja. Se suma a una biografía compuesta por títulos como *Composición de lugar* (1996), *Señoras del buen morir* (2011), *De ángeles y ninfas* (2011) y *Redefinir lo humano* (2017), y que, sin

ENTREVISTA | El recorrido de una lectora

ADRIANA VALDÉS:

"Siempre he sido una intrusa"

A fin de mes, la escritora deja las presidencias de la Academia Chilena de la Lengua y del Instituto de Chile. El movimiento coincide con la llegada a librerías de *Intrusiones*, un volumen que recoge sus escritos sobre literatura en los últimos 50 años. También es un relato sobre el campo cultural chileno, que en esta entrevista Valdés analiza a la luz del crispado momento que vive el país.

buscarlo, opera en oposición a una anécdota que no puede olvidar: una vez fue con su amiga la artista Roser Bru a un seminario en el Centro de Estudios Públicos, donde un reconocido economista le explicó a un puñado de académicos asistentes que si en vez de invertir en el portafolio de Standard and Poor's hubieran invertido en pintura latinoamericana, su utilidad habría sido de 15% en vez de 8%. Y les dio un dato: tenían que comprar obras de mujeres latinoamericanas.

"La cultura como inversión. Eso es una cochindada", dice Valdés. "Mi generación se caracterizó por escribir todos sus textos gratis, por no tener fondos ni de Fondecyt ni de esto ni de lo otro. Estas eran nuestras señales de vida. Con esto nos sosteníamos unos a otros o nos destruíamos unos a otros. Hacíamos un mundo cuando no lo había. Ahora todo el mundo depende de los fondos, y estos a su vez dependen de unos estándares que hace el Banco Mundial, que son iguales para todas partes. Se tiende a ahogar la creatividad", añade la escritora, también columnista de "El Mercurio".

—¿Cómo fue entrar en ese terreno dominado por los hombres, que es la poesía chilena?

—Me pesan hasta ahora las genealogías de la poesía chilena. De eso que habla Alejandro Zambra en la novela *Poeta chileno*: hay hijos, hay padres, hay sucesores. Además hay que ver cuál es el mejor de la generación y que eso excluye a los poetas populares, excluye a los que hacen música, excluye a las mujeres, excluye a medio mundo. Hace unos años hice un seminario en la Universidad Finis Terrae con cuatro poetas que aún estaban vivos: Carmen Orrego, Cecilia Casanova, Eliana Navarro, Rosa Cruzaga. El objeto del seminario era que los alumnos vieran la condescendencia con que se referían hacia las mujeres, al mérito que tenían.

—Desde su posición en la Academia Chilena de la Lengua, ¿cómo evalúa el debate cultural en el país de los últimos años?

—La importancia que tiene la cultura en el pensamiento de quienes gobiernan creo que es nula. La cultura sufre cuando se extiende una mentalidad meramente económica, y cuando se la ve en función de un espectáculo, sobre todo un espectáculo para pocos, para elegidos, para gente que ya es "cultura". La cultura se asocia con la lata y con la cultura de élite, con saber datos y fechas. Pero la cultura nos cambia a todos, nos toca el alma a todos, en distintas manifestaciones, por supuesto. Y aunque las pantallas nos han separado muchísimo, nos han dado la oportunidad de ir a los mejores museos del

mundo y de leer en línea a los mejores autores. No hay que olvidar, sin embargo, que cultura es sobre todo poder unirse en torno a algo valioso, y sobre todo una experiencia: se vive.

—El debate público ¿ha estado a la altura de las circunstancias que enfrenta el país?

—Yo participo en ese debate con un ánimo de encontrar algo en común entre posiciones muy polarizadas. Tengo un fuerte *déjà vu* del tiempo de la Unidad Popular, con sus divisiones insuperables. A mi generación le fue malazo. En el debate público intervengo en busca de "mínimos comunes". No hablo mucho de asuntos políticos inmediatos, sino de sentimientos que se perciben detrás de la convivencia cotidiana. Creo que hay exceso de egos y muchísimas palabras, tantas, que se borran unas a otras. Buscamos una palabra, después buscamos otra, y luego vemos las diferencias, y hacemos unas conceptualizaciones. Eso está descrito hace siglos por Séneca, quien lo comenta: "¿Tanto tiempo tenemos? ¿Sabemos acaso vivir? ¿Sabemos ya morir?". Hay parte del debate que no me interesa.

—¿Cómo se lleva con el rol público que tiene hoy? Se ha vuelto un referente para muchas personas.

—Sobre todo a través de las columnas y de Twitter, parece que muchos se sienten interpretados. Yo no tengo carácter para buscar ser un referente, pero sí me ha gustado la comprensión y el afecto. Escribo porque me pareció necesario, porque yo misma no me sentía reflejada en el debate tal como se estaba dando. Soy un "referente", si lo soy, un poco azaroso, risueño y libre. No totalmente, porque estoy asociada a instituciones y protejo su imagen. Y hasta en la risa voy en serio. Me encanta que me reconozcan y les pregunto a todos cuál es su nombre en Twitter.

—Aunque en diciembre saldrá del primer plano al terminar su labor en la Academia Chilena de la Lengua y en el Instituto de Chile.

—Así es. Ahora tengo unas ganas terribles de pasar cuatro meses sola, en barbecho, y creo que todo el mundo puede entenderlo. Hemos trabajado bien, hemos tenido gran actividad y muchas satisfacciones a pesar de la pandemia, hemos practicado nuevas formas de conversación y reunión que nos han acercado a todo Chile. Ha sido un poco agotador para una persona bastante emocional, muchos años exitosos y bonitos grandes. Siento que la vida me vino a dar un empujón a los 75 años. Y había que responder: yo respondí pensando en la causa de las mujeres. Según la ley, en el Instituto de Chile no iba a haber una posibilidad en muchísimos años de que una mujer llegara a la presidencia. Si he escrito sobre mujeres desde los años 70, no podía dejar de aprovechar esa oportunidad única de hacer algo.



FRANCISCO JAVIERE ULLA



INTRUSIONES
Adriana Valdés
Ediciones LIDP,
2021,
834 páginas,
\$33.000
ENSAYO